

El Barón Rampante y el Contrato Natural

Germán Bula¹

Universidad de la Salle, Bogotá, Colombia. Email: germanbula@yahoo.com

Resumen: Este texto elabora las implicaciones para la ética ambiental en *El Barón Rampante*, de Italo Calvino, en diálogo con *El Contrato Natural* de Serres y otros textos del pensamiento ambiental. Explora el problema de los pactos *inter alia* con referencia al contrato entre el hombre y la naturaleza postulado por Serres y expuesto y encarnado por el personaje de Cósimo en la novela de Calvino. El tema central del texto es la profunda transformación tanto personal como social que debemos llevar a cabo para pasar a un modo de vida sostenible.

Palabras Clave: Serres, Calvino, Ambientalismo, Contractualismo

The Rampant Baron and the Natural Contract

Abstract: This text elaborates the implications for environmental ethics in Calvino's *The Rampant Baron*, in a dialogue with Serre's *Natural Contract* and other works in environmental thought. It explores the problem of *inter alia* pacts with reference to the contract between man and nature that is proposed by Serres and embodied in Cosimo, the main character in Calvino's novel. The main topic of the text is the profound personal and social transformation that we must undergo if we are to transition to a sustainable way of life.

Keywords: Serres, Calvino, Environmentalism, Contractualism

O barão nas árvores eo Contrato Natural

Resumo: Este texto elabora as implicações para a ética ambiental em *O barão nas árvores*, de Italo Calvino, em diálogo com o contrato natural de Serres e outros textos do pensamento ambiental. Explorar a questão dos convênios nomeadamente com referência ao contrato entre o homem ea natureza postulado por Serres e exposto e personificado pelo personagem de Cosimo no romance de Calvino. O tema central do texto é a profunda transformação pessoal e social que temos de tomar para mudar para um estilo de vida sustentável.

Palavras-chave: Serres, Calvino, Ambientalismo, Contratualismo

¹ Estudiante del Doctorado Interinstitucional en Educación de la Universidad Pedagógica Nacional.

La única desobediencia verdadera es aquella que permite inventar
Michel Serres

1. Introducción

En 1957, Italo Calvino, pensando en los libros de aventuras que disfrutó en su juventud, y en el paisaje arbóreo, disfrutado en su infancia y ya perdido, de la Riviera Lígur al noreste de Italia, escribe *El Barón Rampante*, situado en la imaginaria Ombrosa (es decir, Sombreada) y protagonizada por un aristócrata librepensador genovés del siglo XVIII que decide a los doce años nunca bajarse de los árboles (v. Calvino, 2002, 10-13). En 1990, preocupado por la devastación de la Tierra por parte de los seres humanos, y por el espectro del calentamiento global (entonces una ominosa posibilidad, hoy una certeza), Michel Serres, filósofo y marinero, escribe *El Contrato Natural* (2004), una propuesta para ampliar el viejo contrato social, de modo que incluya al mundo natural, a la Tierra. ¿La conexión? Cosimo Piovasco di Rondo, protagonista de *El Barón Rampante*, propone, tras las victorias napoleónicas en Italia, un “Proyecto de Constitución para Ciudad Republicana con declaración de los Derechos de los Hombres, de las Mujeres, de los Niños, de los Animales Domésticos y Salvajes, incluidos Pájaros, Peces e Insectos, y de las Plantas tanto de Alto Tallo como de Hortalizas y Hierbas” (Calvino, 2002, 248). En palabras de su hermano Biagio, el narrador del relato, era “un bellissimo trabajo, que podría servir de orientación para todos los gobernantes; pero nadie lo tomó en cuenta y quedó en letra muerta” (Calvino, 2002, 248).

Michel Serres no explicita los términos del contrato natural que propone; explica que es ahora necesario y que implicaría un cambio radical en la manera de vivir de los seres humanos; en su manera de conocer y ser hábiles, en las relaciones entre ciencia y derecho, en las relaciones entre los estados. En *El Barón Rampante* tan sólo se menciona el título del proyecto constitucional de Cosimo; sólo podemos buscar pistas acerca de su naturaleza y contenido en la narrativa. En este ensayo desarrollaremos algunas relaciones entre ambos textos, para enriquecer la comprensión de ambos, y de lo que tiene que ver vivir en el mar como Serres y vivir entre los árboles como Cosimo, y de ese nuevo contrato, social y natural a la vez, que parece necesario hoy, cuando la violencia de la humanidad hacia la Tierra amenaza a ambos.

La relación entre estos dos textos ha sido sugerida por Robert Pogue Harrison (1992, 259), cuyo *Forests, the Shadow of Civilization* (donde propone a los bosques como matriz, contraparte y en general sombra de la civilización) será un referente importante en este ensayo. Finalmente, acudiremos al trabajo del montañista y filósofo noruego Arne Naess (2001) y su idea del crecimiento ético como expansión del *self* hasta incluir entornos naturales. Acudiremos, pues, a pensadores de mar, de bosque, y de montaña.

2. El Contrato Natural

Frente a la actual crisis ambiental, ¿por qué ser radicales? ¿Por qué reformular el viejo contrato social? ¿No bastarían algunos lineamientos legales, algunas campañas de sensibilización? Dice Serres:

Por supuesto, podemos frenar los procesos ya iniciados, legislar para consumir menos combustibles fósiles, repoblar en masa los bosques devastados... todas ellas excelentes iniciativas, pero que se reducen, en su conjunto, a la figura del navío que circula a veinticinco nudos hacia un obstáculo rocoso en el que irremediamente se estrellará y sobre cuya pasarela el oficial de guardia ordena a la máquina reducir un décimo la velocidad sin cambiar el rumbo.
(2004, 56-57).

Nos relacionamos con la naturaleza de una manera determinada, que permea todas nuestras actividades: violencia, posesión, reificación. Hoy en día queremos cambiar sin cambiar en realidad; queremos cambios aquí y allá sin cambiar de fondo esta relación: como quien pide en McDonald's una hamburguesa con doble queso, papas grandes, anillos de cebolla y una Coca Cola... dietética, porque quiere cuidar su peso.

Nuestra relación con la naturaleza tiene que ver con nuestra manera de mirar la naturaleza, y de mirarnos a nosotros mismos. Concretamente, tendemos a considerar al mundo natural y al humano como dos esferas independientes y paralelas: "A nuestra cultura le horroriza el mundo" (Serres, 2004, 12). Nuestra historia es la historia de seres humanos en relación con seres humanos; es historia de batallas, de ideas, de proclamas y constituciones, y nunca del mundo mismo, que tan sólo cumple el papel de escenario, de decoración. Tendemos, también, a considerar la naturaleza, tanto en la ciencia como en la industria, como objeto de dominio y posesión (v. Serres, 2004, 58-59).

Para los contractualistas modernos, el contrato social sacaría al hombre del "estado de naturaleza" y de la naturaleza misma, como si, firmado el contrato social y creado el estado, no hubiera que preocuparse más por el mundo natural (Serres, 2004, 63). Éste parece desaparecer de la historia de la humanidad. Ahora bien, con la actual crisis ambiental, el mundo irrumpe en nuestra historia; el clima, antaño cíclico y a-histórico, comienza a tener una deriva histórica, hacia lo peor, y a hacerse objeto de tratados y debates humanos: "La historia global entra en la naturaleza, la naturaleza global entra en la historia" (Serres, 2004, 15).

Los ritmos que rigen el mundo humano son diferentes a los del mundo natural: los políticos piensan, a lo sumo, al plazo de cuatro o cinco años en el futuro (tiempo electoral), los periodistas al plazo de una semana (tiempo noticioso, televisivo), los empresarios se preocupan por el reporte trimestral o anual. Por otro lado, regenerar un bosque tarda décadas o siglos. Cambiar nuestra relación con la naturaleza es un proyecto de largo aliento: "Un proyecto de tal envergadura debemos pagarlo con una revisión desgarradora de

la cultura (...)” (Serres, 2004, 57-58). Dicho de otro modo, *debemos imaginar nuevas maneras de ser*.

Serres, pues, quiere integrar el mundo del derecho con el de las relaciones naturales: si el ser humano es un parásito de la Tierra (que, como todo parásito, corre riesgo de muerte si abusa en exceso de su huésped), su relación con la misma, en términos legales, es la de un contrato leonino: el hombre toma sin dar de regreso, se beneficia causando daño. El Contrato Natural, es, pues, un restablecimiento de la justicia en las relaciones con la tierra, un paso del parasitismo a la simbiosis (Serres, 2004, 61-66), un ingreso del mundo natural en el mundo de la política (Serres, 2004, 80-81).

¿Quiénes son las partes del contrato? Por un lado, el ser humano; no como individuo ni como estado nacional, sino la humanidad como un solo actor colectivo, capaz de producir efectos globales sobre la totalidad del planeta (Serres, 2004, 32-37). Por otro, la naturaleza, que se comporta como sujeto en cuanto da cobijo al hombre pero retira sus beneficios si éste abusa de ella (Serres, 2004, 65-66). Por supuesto, no es posible aquí el contrato como acto de habla o contrato firmado, sino como transformación de la relación sistémica entre el hombre y el mundo, de modo que se haga de reciprocidad y simbiosis (*cfr.* Serres, 2004, 71).

¿Quién es capaz de ejecutar el contrato? No puede ser aquel que domina las ciencias naturales, si no tiene prudencia, y no entiende cómo se entrecruzan naturaleza y sociedad; no puede ser el sabio legislador, y conciliador, político, si no entiende el mundo natural. Al nuevo Sabio lo llama Serres Tercero-Instruido (superación de la lógica disyuntiva entre ciencias naturales y humanidades):

El Sabio actual reúne en sí mismo al legislador de los tiempos heroicos y al titular moderno del saber riguroso: sabe tejer la verdad de las ciencias con la paz del juicio (...) integra las ciencias eficaces y rápidas en nuestros derechos lentos y prudentes (...) viajero de naturaleza y sociedad, amante de los ríos, arenas, vientos, mares y montañas, caminante sobre la totalidad de la Tierra (...) ardiendo de amor hacia la Tierra y la humanidad. (Serres, 2004, 155-157).

No encarnamos aún al Tercero-Instruido, no somos lo que la actual crisis demanda que seamos. He aquí el sentido de ‘zarpar’: devenir otro, lanzarse a otro modo de existencia:

Nada, o casi nada, resiste al entrenamiento. El cuerpo puede hacer más de lo que uno cree, la inteligencia se adapta a todo. Despertar la sed insaciable de aprendizaje, para vivir lo más posible de la experiencia humana integral y de las bellezas del mundo, y proseguir, algunas veces, por la invención, ese es el sentido de zarpar (Serres, 2004, 158).

Cosimo, el protagonista de *El Barón Rampante*, no es el Tercero-Instruido; hay que inventarlo. Pero Cosimo, el muchacho que a los doce años se subió a los árboles para no volver a bajar nos servirá como ejemplo de lo que significa zarpar, hacerse otro. Nunca

bajó de los árboles, pero participó plenamente en la vida política y social de su tiempo; también nos dará cierta idea de cómo se cruzan el mundo social y el mundo natural sin que uno excluya al otro.

3. El Barón Rampante, el Bosque y la Ciudad

El hombre hace parte de la naturaleza, esto es una verdad trivial. El hombre no hace parte de la naturaleza; esto también lo sabe cualquiera. El hombre es hijo de la madre naturaleza, pero sólo se hace hombre cometiendo matricidio: no hay civilización sin minería, deforestación o energía fósil. Hoy en día el mundo social consume al mundo natural, en una relación de guerra (Serres, 2004); pensar la paz implica pensar profundamente la relación entre bosque y civilización.

Fundar una ciudad implica crear un claro en el bosque, establecer una interioridad respecto a la cual el bosque es lo exterior. La primera hazaña del sumerio Gilgamesh, el primer héroe épico de la historia, consiste en vencer a un demonio de un bosque de cedros para talarlos y apropiárselos. Históricamente, Gilgamesh fue uno de los primeros reyes de Uruk, una de las primeras ciudades, y su apelativo fue “constructor de los muros de Uruk”; la gesta de Gilgamesh es una gesta civilizatoria (1992, 14-17). Según Harrison, es mediante la deforestación, la creación de un claro en el bosque, que una ciudad se apropia de un territorio (1992, 3-58).

De esta forma, el bosque se constituye como lo exterior a la civilización, como el lugar de lo informe e incivilizado, como refugio de criminales y ermitaños, como lugar sin ley o con leyes propias (Harrison, 1992). Según el capítulo II del libro primero de la *Política* de Aristóteles (1993) quien vive por fuera de la ciudad, “el enemigo de la sociedad ciudadana”, es, o bien, “un ser inferior o más que un hombre”; o bien un Dios o una bestia. Sólo se es hombre en la ciudad: quien sale de la ciudad corre el riesgo de hacerse salvaje (Cfr Vernant, 1986).

En la mitología y en la literatura podemos encontrar la figura del *hombre salvaje*: privado de contacto con la sociedad humana, desnudo, viviendo de lo que caza o de hierbas silvestres y no obstante humano (Harrison, 1992, 65). Lo encontramos en las obras de caballería, y también en el salvaje Enkidu del *Gilgamesh*, en *Tarzán*, en Arturo Cova, protagonista de *La Vorágine* (ver Bula 2009). Harrison (1992, 65) sugiere que Cosimo es también un ejemplo del hombre salvaje; en esta sección exploraremos esta idea.

Entre los hombres salvajes del mito y la literatura, habría que separar a aquellos cuya condición salvaje es perenne de aquellos que, presos de alguna condición temporal, salen del mundo humano para re-ingresar. En *Yvain*, de Chrétien de Troyes, el caballero andante encuentra a un ser silvestre, horrendo y fornido, que pastorea toros salvajes. Más adelante, Iván devendrá él mismo hombre salvaje, temporalmente, al ser rechazado por su verdadero

amor: desaparece del mundo humano, sus hombres no lo pueden encontrar pues se ha adentrado en el bosque; para emerger restaurado y más poderoso que antes (Harrison, 1992, 66-67). Lo mismo le ocurre, por lo general por cuitas de amor, a otros caballeros, a Orlando, a Tristan, a Lancelot: deben entrar al mundo salvaje para domar su propia naturaleza salvaje (Harrison, 1992, 68).

¿Qué clase de hombre salvaje es Cosimo, que vive en los árboles toda su vida y no obstante no abandona la vida civil? Postulamos una tercera opción: Cosimo, al vivir de árbol en árbol pero sin salir de Ombrosa, es sólo parcialmente un hombre salvaje: su distancia política de la sociedad civil es proporcional a su distancia vertical del suelo: a lo sumo algunos metros. En palabras de su hermano, el narrador de la novela:

Durante mucho tiempo (...) la caza fue el mundo para Cosimo. (...) A veces pensábamos que él tenía ya sentidos e instintos diferentes de los nuestros, y que aquellas pieles que había adoptado como vestimenta respondían a una mutación total de su naturaleza. Desde luego, el estar de continuo en contacto con las cortezas de árbol, la mirada clavada en el movimiento de plumas, pelos, (...) y también la verde corriente que circula como una sangre de otro mundo por las venas de las hojas, todas estas formas de vida, tan alejadas de la humana como un tallo de planta, un pico de tordo (...) esos confines de lo salvaje, a los que se había arrojado tan profundamente, podían ahora modelar su ánimo, hacerle perder toda semblanza de hombre. No obstante, por muchas dotes que absorbiese en la comunidad con las plantas y en la lucha con los animales, siempre tuve muy claro que su puesto estaba aquí, de nuestro lado. (Calvino, 2002, 105).

Cosimo sube a los árboles tras una pataleta infantil a la hora de la comida, que en su hogar paterno es un asunto acartonado y ceremonioso. Así pues, sube por primera vez a los árboles “vestido y peinado con toda propiedad, como nuestro padre quería que viniera a la mesa, a pesar de sus doce años: (...) tricornio, corbata de encaje, frac verde con faldones, calzones de color malva, espadín y altas polainas (...)” (Calvino, 2002, 26). La civilización, las tradiciones de la nobleza pero también el siglo de las luces, se suben a los árboles.

El asunto inicia como una típica pataleta: es decir, un rechazo violento pero infructuoso al orden establecido, que por lo general es seguido de una restauración del orden; un gritar y llorar al que sigue un calmarse y volver a lo mismo. Pero la pataleta, prolongándose, deja de serlo. Cosimo no es Orlando ni Iván, su convulsión rebelde contra el mundo se prolonga y transfigura en vez de culminar en una restauración; los días pasan y Cosimo no se baja de los árboles, sino que se las arregla para dormir y comer allí. Una vez se establece el carácter permanente de la decisión de Cosimo de vivir en los árboles, su padre, el Barón de Rondó, decide que éste debe volver a recibir clases de su tutor, Fauchelafleur:

Al día siguiente hacia buen tiempo y se decidió que Cosimo reanudaría las clases con el ábate Fauchelafleur. No se dijo cómo. Simplemente y con cierta brusquedad el Barón invitó al ábate (...) a ir a buscar a mi hermano donde se encontrara y a hacerle traducir un poco de Virgilio (...) Y se dio la clase. Mi hermano sentado a horcajadas en una rama del olmo, con las piernas colgantes, y el Abate debajo, en la hierba, sentado en un taburete, repitiendo a coro hexámetros. Yo jugaba por

allí cerca y durante un rato los perdi de vista; cuando regresé, también el Abate estaba en el árbol; con sus largas y finas piernas metidas en las medias negras trataba de izarse a una horqueta, y Cosimo lo ayudaba sosteniéndolo de un codo (...) (Calvino, 2002, 88).

Más adelante, Cosimo se interesa en la filosofía ilustrada y consigue por correo los libros de los librepensadores y enciclopedistas, con quienes sostiene correspondencia. Su vida arbórea le hace ver los libros de una forma especial:

Para tener sus libros, Cosimo construyó en varias ocasiones una especie de bibliotecas colgantes, defendidas lo mejor posible de la lluvia y de los roedores, pero las cambiaba continuamente de sitio, según los estudios y los gustos del momento, porque consideraba a los libros un poco como los pájaros, y no quería verlos quietos o enjaulados, decía que se entristecían (Calvino, 2002, 132).

Cosimo, el civilizado hombre de los árboles, experimenta un par de veces el tipo de locura que convierte a personajes como Iván u Orlando en verdaderos hombres salvajes. Así como Orlando pierde la cordura cuando descubre que su amor, Angélica, se ha entregado a Medoro el Sarraceno, así también Cosimo pierde la cabeza por Viola, la marquesa de Ondariva. Viola, quien ama a Cosimo y disfruta con él de acrobáticos actos amatorios en los árboles, se hace a dos pretendientes para despertar celos, lo que desencadena su separación y la partida de Viola para Francia:

Cosimo vagabundó mucho tiempo por los bosques, llorando, destrozado, rechazando la comida. Lloraba con grandes gritos, como los recién nacidos, y los pájaros que antaño huían en bandadas al aproximarse aquel infalible cazador, ahora se le acercaban en las cimas de los árboles cercanos o le volaban sobre la cabeza(...) y de sus altas madrigueras salían las ardillas, los lirones, los ratones de campo, y unían sus chillidos al coro, y así se movía mi hermano en medio de esta nube de llantos. Después llegó el tiempo de la violencia destructora: cada árbol, comenzaba por la cima y, fuera una hoja, fuera otra, rapidísimo lo dejaba pelado como en invierno (...) Después volvía a subir a lo alto, y rompía todas las ramitas hasta que no dejaba más que los trozos más gruesos, y volvía a subir otra vez y con un cortaplumas empezaba a apartar la corteza, y se veían las plantas descortezadas que descubrían lo blanco con estremecedor aire herido.
(...) (Calvino, 2002, 215-216).

Como Orlando Furioso, Cosimo se convierte en una fuerza destructora del bosque en su locura. Pero mientras que a Orlando lo guía la furia destructora (que después canalizará contra los Sarracenos ganando la batalla para el ejército de Carlomagno), a Cosimo lo guía el remordimiento. No destruye árboles a la manera aleatoria y desmedida de Orlando sino de forma metódica, de modo que la desnudez que produce en los árboles hace eco del dolor que siente dentro de sí. El episodio de locura revela que Cosimo está profundamente identificado con el bosque (que llora junto con éste sus penas); la destrucción de los árboles es un intento de destrucción de sí mismo. Cosimo pertenece al bosque tanto como pertenece a la civilización.

El topo del hombre salvaje en la literatura depende de una lógica disyuntiva; o bien se es civilizado intramuros, o se es salvaje entre los árboles: *P o no-P*. *El Barón Rampante* quiebra esta lógica, dice *P y no-P*, civilización y naturaleza. Cosimo repite a menudo la siguiente frase: “¡Si alzas un muro, piensa en lo que queda afuera!” (Calvino, 2002, 227). La frase podría ser de Serres; el viejo contrato social alza un muro entre el mundo humano y el natural, por ello es necesario un nuevo contrato, el contrato natural.

Ahora bien, *P y no-P* es una contradicción. La situación no puede sostenerse sino con cierta tensión; en todo caso hay algo monstruoso en la situación de Cosimo. Relata Biagio, su hermano, que, en un viaje a París, descubre que la fama de su hermano ha llegado a la metrópolis:

(...)Incluso vi en un almanaque una figura con esta leyenda debajo: “*L’homme sauvage d’Ombreuse (Rép. Génoise). Vit seulement sur les arbres*”[El hombre salvaje de Ombrosa (República Genovesa). Solamente vive en los árboles]. Lo habían representado como un ser todo recubierto de vello, con una larga barba y una larga cola, y comía una langosta. Esta figura estaba en el capítulo de los monstruos, entre el Hermafrodita y la Sirena (Calvino, 2002, 177-178).

La figura del almanaque es una representación del típico hombre salvaje; es la forma en que puede entenderse a Cosimo desde la lógica disyuntiva: o naturaleza o civilización. Desde este punto de vista, Cosimo sólo puede aparecer como un monstruo. En el mismo viaje a París, Biagio se topa con Voltaire, y sostiene la siguiente conversación:

– *C’est chez vous, mon Chevalier, qu’il y a ce fameux philosophe qui vit sur les arbres comme un singe?* [¿Es en su tierra, Caballero, que está ese famoso filósofo que vive en los árboles como un mono?]

Y yo, halagado no pude contenerme de contestarle:

– *C’est mon frère, Monsieur, le Baron de Rondeau.*

Voltaire se quedó muy sorprendido, quizá también porque el hermano de aquel fenómeno parecía una persona muy normal, y empezó a hacerme preguntas como:

– *Mais, c’est pour approcher le ciel, que votre frère reste là-haut?* [¿Pero, es por acercarse al cielo que su hermano permanece allá arriba?]

– Mi hermano sostiene– respondí– que quien quiere mirar bien la tierra debe mantenerse a la distancia necesaria– y Voltaire apreció mucho la respuesta.

–*Jadis, c’était seulement la Nature qui créait des phénomènes vivants*[Antaño era la naturaleza la que producía fenómenos vivientes]– concluyó– ; *maintenant c’est la Raison* [ahora es la razón] (...) (Calvino, 2002, 178).

Cosimo es una especie de monstruo racional (¿el sueño de la razón crea monstruos?). Es decir, se opone al orden común de las cosas. La negación del estado de cosas presente es el impulso revolucionario. Cosimo, pertenece a diversas logias y confraternidades, además de la masonería. Niega la lógica del tercero excluido en nombre de la inclusión. Su vida es una de negación activa del orden imperante; esto es, su vida es la de un revolucionario. Dice Calvino, en un prefacio para la edición de 1965: “La primera lección que podríamos sacar

del libro es que la desobediencia cobra sentido sólo cuando se convierte en una disciplina moral más rigurosa que aquella contra la que se rebela” (Calvino, 2002, 14).

4. Ley Social y Ley Natural

La actual crisis ambiental exige repensar el Estado Nacional, foco del pensamiento político clásico. La razón es sencilla: los contaminantes industriales generados en un país no se detienen en las fronteras nacionales del mismo, los efectos benéficos de la selva amazónica no permanecen exclusivamente en Brasil o Colombia; las corrientes marinas, las plagas, los ríos, los huracanes, todos son irrespetuosos de fronteras nacionales y no necesitan pasaporte. Por ello el activismo ambiental tiende a ser transnacional (Wapner, 1995), y por ello, por ejemplo, son especialmente complicados los problemas ambientales en Europa Oriental, donde las frecuentes disputas fronterizas y difusos bordes nacionales dificultan la cooperación entre las naciones (May, 1995). En términos generales, existe una diferencia relevante entre los límites políticos que fijan los seres humanos y los límites propios de la naturaleza. El Contrato Natural, la revisión de nuestro obsoleto Contrato Social, deberá tener una nueva liminología; deberá respetar mucho más los bordes que trazan las cordilleras, las corrientes, los vientos y las rutas migratorias de especies animales, y mucho menos los bordes trazados por guerras, cortes internacionales y tratados.

Regresemos a Ombrosa, país de ficción, memoria y sombras, tan tupido en árboles que Cosimo puede transitar de uno a otro por toda la región. Allí hay dos familias nobles, los Rondó y los Ondariva, que viven en villas continuas, separados por disputas sobre derechos feudales. Así pues, los Rondó nunca han visto el jardín de los Ondariva (un jardín lleno de plantas exóticas), hasta que Cosimo trepa a los árboles:

Nosotros, aunque limítrofes, no sabíamos nada de los Marqueses de Ondariva y Nobles de Umbrosa, porque al disfrutar ellos desde hacía varias generaciones de unos derechos feudales a los que mi padre aspiraba, un odio recíproco separaba a las dos familias, al igual que un alto muro que parecía el torreón de una fortaleza dividía nuestras villas, no sé si mandado a erigir por nuestro padre o por el Marqués (...)

Lo único que nosotros podíamos ver era cómo asomaban por encima del muro las hojas oscuras de una planta recién importada de las colonias americanas, la *magnolia*, en cuyas ramas negras brotaba una carnosidad blanca. Desde nuestra morera, Cosimo llegó al borde del muro, dio unos pasos en equilibrio, y después, sujetándose con las manos, se dejó caer al otro lado, donde estaban las hojas y la flor de la magnolia. (Calvino, 2002, 30-31)

Al pasar a los árboles, Cosimo se ha liberado de las disputas y bordes que impedían su paso al jardín de los Ondariva. Allí conocerá a Viola, la futura responsable de sus episodios de locura. Apenas se conocen, en el juego de timidez y jactancia propio de niños que recién se conocen, salen a colación las disputas entre las dos familias y comienzan los niños a pelearse. Viola:

- ¡Baja de inmediato de ahí! ¿Cómo os habéis permitido entrar en nuestras tierras?– dijo, apuntando un índice contra el muchacho, furiosa.
- ¡No he entrado y no bajaré! –dijo Cosimo con igual calor– Nunca he puesto los pies en vuestras tierras, ¡y no los pondría por todo el oro del mundo! (...) ¡Donde yo estoy no es tierra y no es vuestro! (Calvino, 2002, 34-35)

Cosimo reclama como suyo todo el territorio por encima de la tierra, “las ramas, las hojas a contraluz, el cielo” (Calvino, 2002, 35). De repente, Viola se muestra interesada:

- ¿Ah, sí? ¿Y hasta dónde llega ese territorio tuyo?
- Hasta donde se consigue llegar andando por los árboles, por acá, por allá, al otro lado del muro, al olivar, hasta la colina, al otro lado de la colina, al bosque, a las tierras del Obispo...
- ¿Incluso hasta Francia?
- Hasta Polonia y Sajonia– dijo Cosimo, que de geografía sólo sabía los nombres oídos a nuestra madre cuando hablaba de las Guerras de Sucesión–. Pero yo no soy egoísta como tú. Yo te invito a mi territorio (...) (Calvino, 2002, 35).

A lo largo del relato, el mundo natural parece resistirse a la apropiación privada y a los contratos humanos. Más adelante, en Olivabassa, Cosimo se encontrará con todo un grupo de españoles que viven en los árboles, aunque no de manera voluntaria como él:

Eran nobles españoles, rebelados contra el rey Carlos III por cuestiones de privilegios feudales que se les discutían, y exiliados por ello con sus familias. Al llegar a Olivabassa se les había prohibido continuar viaje: aquellos territorios, en efecto, basándose en un viejo tratado con Su Majestad Católica, no podían dar asilo a personas exiliadas de España y ni siquiera ser atravesados por ellas. La situación de aquellas nobles familias era muy difícil de resolver, pero los magistrados de Olivabassa, que no querían tener problemas con las cancillerías extranjeras pero que tampoco tenían motivos de aversión hacia aquellos ricos viajeros, llegaron a un acomodo: la letra del tratado prescribía que los exiliados no debían “tocar el suelo” de aquel territorio, por lo cual bastaba con que se quedaran en los árboles y todo estaba en regla. (Calvino, 2002, 159).

Así como Cosimo se libera del control paterno subiendo a los árboles, así lo hace Viola cuando niña subiendo a su caballo: “Mientras iba a pie tenía a todas las tías detrás; en cuanto montaba en la silla era libre como el aire, porque las tías no montaban a caballo y no podían ver a donde iba” (Calvino, 2002, 68).

¿Por qué irrespetea la naturaleza a las leyes humanas? El mundo humano anida dentro del mundo natural (como, por ejemplo, el koala vive en los eucaliptos, y su destino depende del de éstos). La existencia del mundo humano supone la existencia del mundo natural (mientras que lo opuesto no es cierto); el primero existe en la medida en que el segundo lo permite. En marzo de 2010, el mar resolvió una disputa territorial entre India y Bangladesh: crecido debido al calentamiento global, se tragó el disputado islote New Moore Island. No hizo falta un tratado o una corte internacional para decidir si la isla pertenecía a este o este otro Estado: la isla pertenece al mar. La tierra pertenece a la tierra, y esto debe reconocerlo el nuevo Contrato Natural.

5. Pactos *inter alia*

¿Cómo es posible que contraten el hombre y la naturaleza? Nuestras nociones tradicionales de justicia, derecho y moralidad están pensadas desde y para relaciones *inter pares*, entre iguales: en dignidad (Kant), en derecho a dar y pedir razones (Habermas), ante Dios en cuanto dotados de alma (Bartolomé de las Casas) (ver Bula, 2007). Así mismo, no hay contrato sin *quid pro quo*, sin un intercambio más o menos equilibrado. La expectativa de reciprocidad, la regla dorada o la ley del talión, todo esto permea nuestro pensar jurídico y moral. Las relaciones *inter alia* solo pueden ser de posesión o dominio: he ahí el debate de la entre Ginés de Sepúlveda y Fray Bartolomé; si los indios son algo menos que los españoles (al carecer de alma, o de moral, o de la religión cristiana) se les puede conquistar y esclavizar, de lo contrario (si son humanos con igual dignidad) no es permitido (Zavala, 1977).

Cosimo vive permanentemente en los árboles; en alguna medida ya deja de ser un igual entre los humanos; su modo de vida pone en crisis las viejas relaciones; su exclusión le posibilita entablar nuevas relaciones, comúnmente cerradas a la nobleza:

Al principio, los campesinos (...) no sabían si saludarlo quitándose el sombrero como se hace con los señores o si darle voces como a un golfillo. Después se acostumbraron e intercambiaban con él frases sobre el trabajo, sobre el tiempo (...)

Desde el árbol, él se quedaba horas y horas quieto mirando sus trabajos y hacía preguntas sobre abonos y sementeras, cosa que cuando caminaba por la tierra nunca se la había ocurrido hacer, contenido por una reserva que le impedía dirigir la palabra a aldeanos y siervos. A veces, indicaba si el surco que estaban cavando salía derecho o torcido, o si en el campo del vecino estaban ya maduros los tomates; a veces se ofrecía a hacerles pequeños recados (...) (Calvino, 89-90).

Cosimo entablará amistad con carboneros, vagabundos del bosque, y con un famoso criminal llamado Gian dei Brughi, que, debido a su fama, se ve obligado a permanecer oculto en el bosque: Cosimo le consigue libros para que pueda pasar el rato, y el prófugo termina por volverse adicto a la lectura. Periódicamente, Gian dei Brughi regresa el libro que ha terminado y toma prestado uno nuevo que Cosimo ha conseguido; además, este último debe cerciorarse de que se ajuste a los gustos del primero. Eventualmente, el criminal es capturado; Cosimo le lee novelas de aventuras desde una rama cercana a la ventana de la prisión; y después ahuyenta a los cuervos de la rama en la que dei Brughi es ahorcado (Calvino, 2002, 121-127). He aquí una amistad entre personajes bien diferentes entre sí pero ambos excluidos de la sociedad. No media en sus relaciones contrato ni pacto alguno, y lo único que recibe Cosimo de Gian dei Brughi son sus propios libros, mal cuidados y llenos de moho. Su relación, pues, puede servirnos para pensar, en general, las relaciones *inter alia*, y el Contrato Natural.

¿Qué sostiene la relación entre Cosimo y Ghian dei Brughi? Nada más que una constancia en las relaciones y una espontaneidad en los actos de cada una de las partes. No hacen falta actos perlocucionarios, sólo una relación libre, constante y confiable. ¿Cómo se alimenta Cosimo en los árboles?:

(...) comiendo en parte de lo que cazaba, en parte intercambiándolo con los campesinos por fruta y hortalizas, se las arreglaba muy bien sin necesidad de que de la casa le pasaran nada. Un día nos enteramos de que tomaba leche fresca todas las mañanas; se había hecho amigo de una cabra, que iba a trepar a una horqueta de olivo, un sitio fácil, a dos palmos de tierra, mejor dicho no es que trepase, subía con las patas de atrás, de modo que él, bajando con un cubo a la horqueta, la ordeñaba. El mismo convenio tenía con una gallina, una paduana roja, excelente. Le había hecho un nido secreto en la cavidad de un tronco, y un día sí y otro no encontraba allí un huevo que sorbía tras haberle hecho dos agujeros con un alfiler (Calvino, 2002, 99).

Serres pide un contrato entre los hombres y la Tierra: no se trata de un contrato con firmas notariadas ni de un acto de habla, se trata de un cambio en las relaciones sistémicas, en el que el hombre reconozca a la naturaleza como un legítimo otro. Quizás los seres humanos de ciudad no seamos capaces de este tipo de contrato: para nosotros la comida viene del supermercado, y nos ponemos nerviosos a menos de tres metros de una vaca, o ante un ave grande que no esté enjaulada.

7. Vivir en los árboles

En la primera mitad del siglo veinte, Jacob von Uexküll introdujo a la filosofía y a las ciencias de la vida el concepto de *Umwelt*. Es el producto de un enfoque radicalmente novedoso hacia la biología: la pregunta que se hace von Uexküll es ¿qué se siente ser un animal? ¿Qué percibe, qué desea? ¿Cómo es su mundo? El biólogo invita a sus lectores a introducirse, sucesivamente, en el mundo de una abeja, de un perro, de una garrapata, de un oso, etc. Lo que descubre von Uexküll es que cada animal habita un mundo diferente (*Umwelt*), formado de todo lo que un animal percibe (*Merkwelt*) y de toda su actuar (*Wirkwelt*) (Buchanan, 2008, 2). El mundo de un perro es en blanco y negro, es rico olfativamente y en éste tiene un relieve importante, por ejemplo, enterrar huesos y perseguir todo lo que tenga un cierto tamaño y se mueva de manera repentina. Nosotros ni siquiera notamos el trocito de chocolate que alguien ha dejado caer en la acera, pero es un evento de gran importancia en el mundo de las hormigas.

Sólo podemos acceder al cuerpo de los animales y a su comportamiento; es a partir de los cuerpos y comportamientos animales que von Uexküll reconstruye los diversos *Umwelten* (Buchanan, 2008, 2-3). Los cuerpos tienen diferentes órganos sensoriales e interacciones con su alrededor, diferentes maneras en que son penetrados y modificados por su entorno. El comportamiento nos muestra qué tiene relieve para un organismo, qué es, en un determinado *Umwelt*, de temer, desear, atacar, comer. Un día mi suegro llevó a su familia al cementerio a visitar la tumba de su padre, y llevó consigo al perro de la familia, Melchor.

En el cementerio, Melchor comenzó a orinar las tumbas, lo que escandalizó a mi suegro: en el *Umwelt* de mi suegro aquellos montículos de piedra eran cosas que debían respetarse; en el de Melchor, eran puntos de referencia en los cuales podía dejar una huella olfativa.

¿Se transforma el *Umwelt* de Cosimo al vivir en los árboles? ¿Es acaso posible una nueva relación con la naturaleza sin un nuevo *Umwelt*? Las actividades de Cosimo cambian, y su cuerpo cambia, al ser un cuerpo en permanente contacto con los árboles, un cuerpo que trepa y salta en lugar de caminar, un cuerpo que ha adoptado “ese aire ajetreado y rapidísimo de los animales salvajes, que a lo mejor se ven parados y agazapados, pero siempre como si estuvieran a punto de dar un salto” (Calvino, 2002, 67).

Los adultos olvidamos la fascinación que siente un niño al ver las cosas cabeza abajo, o reflejadas en un estanque, o a través de papel celofán de varios colores. Al cambiar la perspectiva, o la manera de mirar, el objeto observado cambia completamente (un parque de vecindario mirado a través de papel celofán rojo se convierte en un paisaje marciano, por ejemplo). La rebelión de Cosimo en los árboles es una rebelión cargada de gozo, en buena parte por el gozo que proporciona el cambio de perspectiva:

En el jardín de los De Ondariva las ramas se tendían como trompas de extraordinarios animales y en el suelo se abrían estrellas de hojas serradas de verde piel de reptil y ondeaban amarillos y leves bambúes con rumor de papel. Desde el árbol más alto, Cosimo, con la manía de disfrutar a fondo aquel diverso verde y de la diversa luz que se traslucía de él y del diverso silencio, se ponía cabeza abajo y el jardín se convertía en selva, una selva no de esta tierra, un mundo nuevo. (Calvino, 2002, 67-68).

Desde el momento mismo en que Cosimo se sube a los árboles aparece este gozo: “La avenida ofrecía una perspectiva muy distinta, y los planteles, las hortensias, las camelias, la mesita de hierro para tomar café en el jardín” (Calvino, 2002, 29). Penetrando en el mundo de los árboles, es penetrado por éste:

La necesidad de entrar en un elemento difícil de poseer que había empujado a mi hermano a hacer suyos los caminos de los árboles ahora trabajaba también en su interior, insatisfecho, y le comunicaba el frenesí de una penetración más minuciosa, de una relación que lo ligase con cada hoja y escama y pluma y aleteo (Calvino, 2002, 71).

Penetrar en un entorno es hacerse más sensible al mismo; percibir nuevas gradaciones, categorías, diferencias; escuchar lo que antes no se escuchaba:

En los bosques, prefería hayas y encinas, porque en el pino las horcaduras muy próximas, nada fuertes y todas llenas de agujas, no dejan sitio ni sostén, y el castaño, entre hojas espinosas, erizos, corteza, ramas altas, parece hecho aposta para mantenerlo a uno lejos. Estas amistades y distinciones Cosimo las reconoció luego con el tiempo, poco a poco, es decir, reconoció conocerlas; pero ya en los primeros días empezaban a formar parte de él como instinto natural. Lo distinto ya era el mundo, compuesto de estrechos y curvados puentes en el vacío, de

nudos o escamas o arrugas que hacen escabrosas las cortezas, de luces cuyo verde varía según el todo de las hojas más tupidas o más ralas (...) Mientras que nuestro mundo se achataba allá al fondo, y nosotros teníamos figuras desproporcionadas, y desde luego no entendíamos nada de lo que él sabía allá arriba(...)(Calvino, 2002, 96-97).

Lo distinto ya era el mundo, el *Umwelt* de Cosimo ya era diferente al corriente, y sus sentidos hacían distinciones cada vez más finas. La transformación del *Umwelt* implica una transformación del organismo (y vice-versa). Estando en un higuero, fragante, pegachento por el latex, sonoro por los abejorros, “a Cosimo le parecía estarse convirtiendo en higo él mismo, e, incómodo, se marchaba” (Calvino, 2002, 95).

Dónde vivimos y qué hacemos afecta nuestra perspectiva sobre el mundo y, de este modo, nuestra capacidad de obrar de manera acertada. Serres distingue entre ‘el tiempo que pasa’ y ‘el tiempo que hace’: el segundo es el clima, las temporadas, el sol y la lluvia, aquello de lo que hablamos cuando hablamos del ‘estado del tiempo’; el primero es el tiempo que hoy en día rige nuestras vidas, el tiempo de los relojes y los calendarios. A Serres le preocupa la manera en que la vida urbana nos separa del tiempo que hace:

Antaño, dos hombres vivían inmersos en el tiempo exterior de las intemperies: el campesino y el marino cuya actividad laboral dependía, hora a hora, del estado del cielo y de las estaciones (...) Pues bien, esas dos poblaciones desaparecen progresivamente de la superficie de la tierra occidental; excedentes agrícolas, buques de gran tonelaje transforman el mar y el suelo en desiertos (Serres, 2004, 52-53).

¿Qué es lo preocupante? Los seres humanos, sobre todo aquellos que toman las decisiones importantes, los periodistas, políticos y tecnócratas, viven de tal forma que no son conscientes del tiempo que hace (éste no hace parte de su *Umwelt*) (Cfr Serres, 2004, 53). Vivimos de espaldas al mundo; nos preocupa lo que ocurre en nuestras conversaciones, en nuestras organizaciones, en el Internet; “No nos ocupamos más que de nuestras propias redes” (Serres, 2004, 54), somos *acósmicos*. Aun cuando viajamos, no viajamos por el mundo natural, sino del encierro de una metrópolis al de otra, sin abandonar nunca nuestras redes de comunicación (Cfr Serres, 2004, 165). Presos de nuestro mundo humano, olvidamos el mundo más amplio del que depende y que tiene sus propias leyes: “(...) si Burdeos y Madrid dependen un poco de nosotros, puesto que nuestros antepasados las fundaron y nosotros creemos administrarlas, el clima y las constelaciones jamás dependieron. Nosotros no hacemos ni deshacemos ni el cielo ni las estaciones” (Serres, 2004, 166).

Cosimo hace parte de unas revueltas campesinas en Génova, de inspiración jacobina, y lucha contra el ejército austrosardo como aliado de los franceses republicanos. En esta parte de la narrativa Biagio le cede la voz del narrador al protagonista, su hermano:

Por el bosque se aventuraban patrullas de exploradores de los ejércitos contrarios. Desde lo alto de las ramas, a cada paso que oía sonar entre las matas, yo aguzaba el oído para saber si era de austrosardos o franceses.

Un tenientillo austríaco, muy, muy rubio, mandaba una patrulla de soldados perfectamente uniformados, con lazo en la coleta, tricornio y polainas, bandas blancas cruzadas, fusil y bayoneta y los hacía marchar de dos en fondo intentando mantener la alineación en aquellos abruptos senderos (Calvino, 2002, 239).

Nos detendremos en el tenientillo austríaco y su ejército, ya que en su ingreso al bosque ilustran cómo, a pesar de compartir el mismo espacio físico de Cosimo, tienen un *Umwelt* radicalmente diferente. Nótese, primero, que ingresan al bosque con “lazo en la coleta, tricornio y polainas” exactamente igual que Cosimo a los doce años, cuando sube por primera vez a los árboles: en ambos casos, la civilización ingresa al bosque. Pero ¿de qué manera? el teniente austríaco obliga sus tropas a marchar en formación y de manera rectilínea, abstrayendo el espacio irregular y complejo del bosque, convirtiéndolo en un plano. El teniente ni siquiera entra al bosque, camina sobre un mapa:

Desconocedor de lo que era el bosque, pero seguro de seguir punto por punto las órdenes recibidas, el oficialillo avanzaba según las líneas trazadas sobre el papel, dándose constantemente topetazos con los troncos, haciendo resbalar a la tropa por piedras lisas con sus zapatos claveteados o sacarse los ojos en los zarzales(...) (Calvino, 2002, 239).

El mapa reemplaza al territorio; el bosque es plano y uniforme: la geometría es más real que la biología. Las ramas atravesadas, las raíces protuberantes y las piedras no existen; aparecen como accidentes, errores.

No hay nada como escalar entre piedras, o caminar entre un río con piedras, o por caminos de bosque estrechos, serpenteantes y llenos de raíces gruesas (siempre y cuando uno respete la forma del territorio). Ser exitoso en estas actividades implica una atención constante al territorio, un interpretar el camino que hay adelante y decidir de manera fluida dónde poner el pie o la mano. Caminando así por algún tiempo, en silencio, lo une a uno con el paisaje. Es una experiencia que vale la pena: en una selva, el caminar propio se hace *silviforme*, y así, uno también se hace *silviforme*; una colina rocosa lo hace a uno *petriforme*, y un río, *fluviforme*. Por supuesto, esto también es cierto de trepar entre los árboles.

El bosque no existe para los austrosardos, existe un mapa. Para Cosimo, no solo es cierto que el bosque existe, sino que Cosimo, *dendriforme*, es el bosque:

Eran magníficos soldados. Yo los esperaba en el desfiladero oculto en un pino. Tenía en la mano una piña de medio kilo y la dejé caer sobre la cabeza del que cerraba filas. El infante abrió los brazos, dobló las rodillas y cayó entre los helechos del monte bajo. Nadie lo advirtió; el pelotón continuó su marcha.

Volví a alcanzarlos. Esta vez tiré un puercospín hecho una bola sobre el cuello de un cabo. El cabo reclinó la cabeza y se desmayó. El teniente esta vez observó la cosa, envió a dos hombres a coger una camilla y prosiguió.

(...) Había recogido en un cartucho una oruga peluda, azul, que cuando se la tocaba hinchaban la piel peor que la ortiga, y les dejé caer encima un centenar. El pelotón pasó, desapareció en la espesura, volvió a aparecer rascándose, con las manos y los rostros llenos de ampollas rojas, y siguió adelante.

Maravillosa tropa y magnífico oficial. Todo lo del bosque le era tan ajeno que no distinguía lo que en él había de insólito, y proseguía con sus efectivos diezmados pero siempre fieros e indomables (...)
(Calvino, 2002, 239-240).

Cosimo se topa con una tropa francesa. Ésta también se ha hecho bosque:

Mandaba la avanzada el teniente Agripa Papillon, de Ruán, poeta, voluntario en el Ejército republicano. Persuadido de la general bondad de la naturaleza, el teniente Papillon no quería que sus soldados se arrancasen las agujas de pino, los erizos de castañas, las ramitas, las hojas, los caracoles que se les pegaban encima al atravesar el bosque. Y la patrulla se estaba fundiendo tanto con la naturaleza circundante que se necesitaba de un ojo tan experto como el mío para divisarla. (Calvino, 2002, 241).

En este caso, más por convicción ideológica que gracias a una actividad que compenetra a hombre y entorno, tenemos a las fuerzas republicanas convertidas en bosque. Aprovechando la situación, Cosimo le propone a Papillon una emboscada a los austrosardos. Las tropas, fundidas con el bosque, se hacen invisibles a los austrosardos, y los rodean fácilmente.

¿La moraleja de esta historia es que hemos de fundirnos con el bosque? En absoluto. Cosimo se hace bosque sin dejar de ser humano. El Contrato Natural pide la paz entre el hombre y la naturaleza, por tanto prohíbe que un elemento se trague al otro. Volvamos a la tropa de Papillon:

En realidad, la inmovilidad del frente amenazaba con resultar fatal al pelotón mandado por el poeta. Musgos y líquenes crecían en los uniformes de los soldados, y a veces hasta tamujos y helechos (...) las botas se soldaban con el mantillo en un zueco compacto; todo el pelotón estaba a punto de echar raíces. La flexibilidad del teniente Agripa Papillon respecto a la naturaleza hacía hundirse a aquel puñado de valientes en una amalgama animal y vegetal. (Calvino, 2002, 244).

No hay relación amorosa sin alteridad, no hay contrato si no hay dos partes. Cosimo siente que debe sacudir a los húsares antes de que sólo quede bosque, y no hombres que hagan la revolución:

Comprendí que debía actuar por propia iniciativa. Me proveí de gran cantidad de pulgas, y desde los árboles, en cuanto veía a un húsar francés, le tiraba una encima con la cerbatana, tratando con mi precisa puntería de metérsela por el pescuezo. Después empecé a rociar a toda la sección, a puñados. (...) mi intervención fue providencial; el prurito de las pulgas volvió a encender agudamente en los húsares la humana y civil necesidad de rascarse, de hurgarse, de despiojarse. Tiraban al aire las

prendas musgosas, las mochilas y los bártulos cubiertos de hongos y telas de araña, se lavaban, se afeitaban, se peinaban, en suma, volvían a tomar conciencia de su humanidad individual, y volvía a ganarlos el sentido de la civilización (...). Además los estimulaba un acicate de actividad, un celo, una combatividad olvidados hacía tiempo. El momento del ataque los encontró invadidos por este impulso: los Ejércitos de la República acabaron con la resistencia enemiga (...) (Calvino, 2002, 245).

En la sección 9 hablaremos del epílogo que tuvieron las victorias revolucionarias. Por lo pronto, nos ocuparemos el problema que presenta la fusión y no fusión de Cosimo con el bosque; es decir, el problema de un Contrato Natural que preserve al mismo tiempo la humanidad de lo humano y el carácter natural de la naturaleza.

8. Expansión del *self*

Mediante la tecnología, la humanidad ha devenido una fuerza global, que opera sobre la naturaleza local. El reto de la actual crisis ambiental es, entre otras cosas, el reto de abandonar nuestro parroquianismo:

Sabíamos amar al prójimo, a veces, y al suelo, a menudo, nos ha costado aprender a amar a la humanidad, tan abstracta en otras épocas, pero que de nuevo comenzamos a encontrar con más frecuencia; pero he aquí que ahora debemos aprender y enseñar en nuestro entorno el amor al mundo, o a nuestra Tierra, que en lo sucesivo podemos contemplar en su totalidad. (Serres, 2004, 86).

Para Serres, el amor a lo local y el amor a lo global están intrínsecamente conectados:

Amar a la Tierra entera a la vez que se destroza el paisaje circundante, he ahí la hipocresía frecuente de los moralistas que limitan la ley a los hombres y al lenguaje cuyo uso y dominio detentan; amar únicamente a su propio suelo conduce a inexpiables guerras causadas por las pasiones de la pertenencia (Serres, 2004, 85-86).

¿Cómo amar a la Tierra en su totalidad? ¿Cómo amar al prójimo en su totalidad? El amor verdadero es producto de la cercanía, de la interacción continuada, de relaciones libres, constantes y fiables. Pensemos, más bien, en el amor universal como un horizonte, como una meta hacia la cual se trabaja, sin que sea indispensable su consecución absoluta. Pensemos en uno cuyo suelo natal, que ama y siente como propio, se hace cada vez más grande, y *tiende* a abarcar toda la tierra; pensemos en una cuya tribu, por la que se siente responsable, se hace cada vez más numerosa y diversa, y *tiende* a abarcar no sólo a toda la humanidad sino a todo lo vivo. El amor se expande en círculos concéntricos a partir de un *self* que cuida de sí mismo: conocer el mundo como una red de relaciones, de nodos interdependientes, es unir el cuidado de sí mismo al cuidado de dichas redes. Madurar quiere decir darse cuenta de la propia inserción en una red de relaciones. El impulso natural hacia el cuidado propio se expande hacia la red en la medida en que se comprende que se es parte de la red, que la salud de mi entorno y la mía propia están entrelazadas (ver Bula, 2010).

La ética entendida como expansión del *self* ha sido desarrollada ampliamente por Arne Naess en su *ecosofía* (2001). En el curso de una vida en pos de la auto-realización, el *self* se dará cuenta de la interdependencia *ecológica* de sí mismo con su entorno circundante (la ecosofía aprende de la ciencia de la ecología el carácter relacional de la realidad): el *self* se identifica con un *Self* más amplio, y su vida cobra nuevas dimensiones de sentido a medida que participa de la grandeza de ese *Self* mayor. En la medida en que ignoro o desatiendo las redes que me constituyen, estoy *enajenado*, en la medida en que las incluyo en mi ser, soy cada vez más íntegro. El cuidado por ese *Self* mayor no es producto de una constrictión, de un deber, sino que fluye naturalmente del individuo, pues no es otra cosa que el cuidado de sí mismo.

Naess plantea tanto la idea de una ecosofía en general como una ecosofía particular, la *Ecosofía T* (Naess, 2001, 163-208). Una ecosofía en general es la explicitación, en sus mutuas relaciones, de los valores y supuestos descriptivos de un individuo, objeto de permanente reflexión y revisión, que guían al individuo en la consecución de una vida íntegra; la Ecosofía T es la ecosofía personal de Arne Naess: en ella postula la auto-realización como valor supremo, y de allí deriva el derecho a florecer de todo lo viviente. ¿Por qué la “T”? La ecosofía personal de Naess está estrechamente relacionada con Tvergastein, una montaña en el norte de Noruega en la que éste pensador poseía una cabaña rústica en la que habitaba varios meses al año. Naess se identifica a sí mismo con este lugar, y siente que ha aprendido y crecido gracias al mismo. Es decir, la expansión del ser parte de un lugar concreto; a través de la profunda identificación con una montaña específica se llega a plantear el derecho a florecer de todo lo viviente. La Ecosofía T, majestuosa, franca, austera y vigorosa, es *montiforme*.

Esta expansión del *self* no aniquila la individualidad, sino que es una expresión poderosa de la misma. Cosimo, el Barón Rampante, *es* el bosque, pero no se deja tragar del bosque. Como veremos, también experimenta una expansión del *self*, a través de su actividad y del cuidado de sí mismo. Su primera amistad en el bosque, con el bandido Gian dei Brughi, le enseña el gozo de hacerse útil a otras personas. Después de esta experiencia:

Aprendió el arte de podar los árboles, y ofrecía su trabajo a los cultivadores de huertos, en invierno, cuando los árboles extienden irregulares laberintos de palitos y parece que no desearan sino ser reducidos a formas más ordenadas para cubrirse de flores y hojas y frutos (...) El mismo arte desplegaba en los jardines(...) y en los bosques donde intentó sustituir el hacha de leñador, sólo adecuada para asestar golpes al pie de un tronco secular para derribarlo entero, por su ligera hacheta, que trabajaba sólo en horcaduras y copas (Calvino, 2002, 133).

Nótese cómo se armoniza la actividad de los campesinos con el florecimiento de Cosimo (que puede poner en práctica su dendriforme conocimiento de los árboles) y de las plantas mismas, de las que se extrae leña sin derribarlas, y que son acicaladas para que den frutos: “En suma supo convertir su amor por este elemento arbóreo, como ocurre con todos los

amores verdaderos, en algo despiadado y doloroso, que hiere y saja para hacer crecer y dar forma” (Calvino, 2002, 133). No desaprovecha la oportunidad para mejorar su propia manera de vida: “(...)se las arreglaba para que las ramas que le servían de puente entre un árbol y otro se salvaran siempre, y recibieran fuerza de la supresión de las demás.” (Calvino, 2002, 133-134). Cosimo, amigo de sí mismo, de los campesinos y del bosque, armoniza las necesidades de todos. El capítulo termina en la siguiente nota: “Después, bastó con la llegada de generaciones con menor criterio, de imprevisora avidez, gente no amiga de nada, ni siquiera de sí misma,, y ya todo ha cambiado. Ningún Cosimo podrá ya avanzar por los árboles.” (Calvino, 2002 134).

El bosque es el lugar y maestro de la expansión del *self* de Cosimo: un incendio forestal (probablemente iniciado por unos enemigos de éste) le enseña las fronteras ampliadas de su ser. Cuando descubrió el incendio “no pensó en el peligro que lo amenazaba tan de cerca; pensó que aquel inmenso reino lleno de caminos y refugios podía ser destruido, y ese era todo su terror. (...)” (Calvino, 2002, 135). Cosimo no teme por su vida, sino por la vida del bosque; no teme por su *self*, sino por su *Self* extendido. ¿Cuáles son los límites de este *Self*?

Cosimo no se desalentó. Al fresno donde entonces tenía su refugio había transportado, como siempre hacía, muchas cosas; entre ellas un barrilito lleno de horchata, para aplacar la sed estival. Trepó hasta el barrilito (...) estaba a punto de desenroscar la espita y empapar el tronco del fresno para salvarlo de las llamas, cuando pensó que el incendio se estaba ya propagando a la hierba, a las hojas secas, a los arbustos, y que llegaría a todos los árboles de alrededor. Decidió correr el riesgo: “¡Que se queme el fresno!” Si con esta horchata llego a empapar la tierra de todo alrededor, donde aún no han llegado las llamas, detengo el incendio” (Calvino, 2002, 135-136)

El amor de Cosimo no se limita *su* fresno, en el que duerme y guarda sus posesiones, sino que abarca la totalidad del bosque. Recordemos a Serres: he aquí el amor a lo global, enraizado y creciendo a partir del amor a lo local. Sacrificado el fresno, el incendio es contenido, más no vencido. Cosimo convoca a los carboneros y otros habitantes del bosque en su ayuda. Su ser se ha expandido hacia el bosque, y para protegerlo descubre que también se ha expandido hacia los habitantes del bosque, a través de amistades y afinidades. Como veremos, Cosimo pasará del cuidado de sí mismo a la acción social mancomunada, organizando una brigada para prevenir incendios durante ese verano especialmente seco. Pero antes de la política está el ser expandido, y de ahí nace: “Este primer intento de incendio provocado y de atentado contra su vida habría debido prevenir a Cosimo para que se mantuviera alejado del bosque. Pero en cambio empezó a ocuparse por cómo se podía defender de los incendios” (Calvino, 2002, 136). La defensa de Cosimo no puede pasar por la huida del bosque, porque Cosimo *es* el bosque.

Salvar al bosque: Cosimo sube varios tonelillos de agua a la cima de los árboles más altos y estratégicos. No es suficiente; estudia “el régimen de los torrentes que cruzaban el bosque, aunque estuvieran medio secos, y de las fuentes que soltaban sólo un hilo de agua”

(Calvino, 2002, 137) y conforma una asociación dedicada a la protección del bosque. ¿Quién participa en la asociación creada por Cosimo? Aquel que está interesado y capacitado para hacerlo; se crea una organización en torno a una meta concreta, y la estructura de la misma responde a la tarea en cuestión. Hay una diferencia entre el poder *sin más* y el poder que se detenta para llevar a cabo una acción determinada:

En seguida, como sucede en toda asociación, nació un espíritu de cuerpo, una emulación entre los pelotones, y se sentían dispuestos a hacer grandes cosas. También Cosimo experimentó una nueva fuerza y contento: había descubierto su aptitud para asociar a la gente y ponerse a su cabeza; aptitud de la que, por suerte para él, nunca se sintió tentado a abusar, y que puso en práctica sólo poquísimas veces en su vida, siempre con vistas a conseguir importantes resultados y siempre con éxito (Calvino, 2002, 137-138).

Hay una diferencia entre el poder buscado por sí mismo y el poder que nace del cuidado de sí mismo y la expansión del *self*. Tras saber de los éxitos de su hijo, su padre (interesado sobre todo en tierras y títulos nobiliarios) decide visitarlo (el padre, a caballo, el hijo sobre un árbol):

- Buenos días hijo (...) He oído que te afanas por el provecho común.
- Me interesa la salvaguardia de los bosques donde vivo, señor padre.
- ¿Sabes que un trozo del bosque es de nuestra propiedad, heredado de tu pobre abuela Elisabetta, que Dios tenga en Su gloria?
- Si, señor padre. (...) Y precisamente como miembro de una familia propietaria de bosques he querido asociar a todos los interesados en conservarlos.
- Claro– dijo el Barón, acogiendo favorablemente la respuesta. Pero añadió–: Me dicen que es una asociación de panaderos, hortelanos y albéitares.
- También, señor padre. De todas las profesiones, con tal que sean honradas.
- ¿Sabes que podrías mandar en la nobleza vasalla con el título de duque?
- Sé que cuando tengo más ideas que los otros, doy a los otros estas ideas, si las aceptan; y esto es mandar. (Calvino, 2002, 139-140).

He aquí dos concepciones del poder: para una es importante mandar sobre los nobles, y despreciable mandar sobre hortelanos; para la otra es importante reunir a las personas en torno a ideas, y en torno a intereses comunes. Aquí sólo podemos esbozar y sugerir lo que sería una política de la expansión del *self*, radicalmente distinta de la política imperante de jerarquías y territorios; una expansión de estas ideas pertenecería a otro estudio. No obstante, vale la pena indicar la afinidad que dicha política (esbozada en Naess 2001) tiene importantes afinidades con las ideas de *inteligencia colectiva* de Pierre Lévy (1997) y de *multitud* de Antonio Negri (por ejemplo, 2000)

La expansión del *Self* no discrimina entre lo humano y lo no-humano, ni entre lo animal, lo mineral y lo vegetal; o lo social. De nuevo: somos seres ecológicos, producidos y configurados por redes de relaciones de las que dependemos. Nuestro *Self* se expande en la medida en que descubrimos nuestras relaciones de interdependencia y solidaridad con otros

nodos de la red: el río, el país, el aire, la araña que vive en mi baño y lo mantiene libre de zancudos. Durante el episodio de locura, Cosimo se identifica con las aves:

(...) Cosimo se había vuelto loco de veras. Si antes iba vestido con pieles de pies a cabeza, ahora empezó a adornarse la cabeza con plumas (...) Acabó por mandarse hacer fraques todos cubiertos de plumas, y por imitar las costumbres de varios pájaros, como el picamadero, sacando de los troncos lombrices y larvas y alabándolos como gran riqueza.

También pronunciaba apologías de los pájaros ante la gente que se congregaba a oírlo y a chancearse bajo los árboles (...) y pronunciaba discursos de acusación contra los hombres, que no sabían reconocer en los pájaros a sus verdaderos amigos, discursos que eran una acusación contra toda la sociedad humana, en forma de parábolas. (Calvino, 2002, 217-218).

Esta faceta de su locura deja una interesante actividad editorial:

Cosimo se dedicó también a componer ciertos textos, como *El canto del Mirlo*, *El Picamadero que llama*, *Los diálogos de los Búhos*, y a distribuirlos públicamente. Más aún, precisamente en ese período de demencia aprendió el arte de imprimir y empezó a publicar una especie de libelos o gacetas (entre ellos *La Gaceta de las Garzas*), unificados luego bajo el título *El Monitor de los bípedos* (Calvino, 2002, 218).

Bípedos: con esta palabra (y ausente el cualificador ‘sin plumas’), Cosimo puede agrupar a hombres y aves bajo una sola categoría y puede abogar por la inclusión de las aves entre los sujetos de derechos. A través de su locura, y sobre todo a través de experiencias nuevas e inusuales, Cosimo encuentra una hermandad insospechada con las aves. Cosimo recupera su cordura cuando Ombrosa se ve amenazada por lobos, y de nuevo coordina un esfuerzo mancomunado por el bien común. Después de *combatir* contra los lobos, encuentra Cosimo un nuevo campo para la solidaridad: “Siguió publicando un semanario, titulado ya no *El Monitor de los Bípedos*, sino *El Vertebrado Razonable*” (Calvino, 2002, 222).

Empecemos en casa, pero ampliemos la solidaridad a partir de ese punto, a partir de la experiencia, de interacciones reales. Sólo más adelante, y después de vivir muchas cosas y combatir junto a los ejércitos republicanos puede Cosimo plantear un “Proyecto de Constitución para Ciudad Republicana con declaración de los Derechos de los Hombres, de las Mujeres, de los Niños, de los Animales Domésticos y Salvajes, incluidos Pájaros, Peces e Insectos, y de las Plantas tanto de Alto Tallo como de Hortalizas y Hierbas” (Calvino, 2002, 248). He aquí el lema que a menudo menciona Cosimo: “¡Si alzas un muro, piensa en lo que queda afuera!” (Calvino, 2002, 227); todo muro, toda delimitación de la comunidad de solidaridad implica un acto de exclusión.

9. Fracaso

El proyecto de Constitución de Cosimo se queda en letra muerta: a manera de epílogo para este trabajo, examinaremos por qué. Nos ubicamos en el relato justo después de la victoria

del ejército republicano en Génova; se erige un Árbol de la Libertad y se celebran juntas revolucionarias:

Las sesiones de la junta se celebraban en el antiguo palacio del gobernador genovés. Cosimo se encaramaba a un algarrobo, a la altura de las ventanas, y seguía las discusiones. A veces intervenía, a voces, y daba su voto. Ya se sabe que los revolucionarios son más formalistas que los conservadores; les parecía censurable, era un sistema que no convenía, disminuía el decoro de la asamblea, y así sucesivamente, y cuando en vez de la República oligárquica de Génova proclamaron la República Ligur, en la nueva administración ya no eligieron a mi hermano (Calvino, 2002, 247-248).

Las leyes y los reyes son distintos en la nueva República Ligur, pero las costumbres son las mismas. Pronto, la república se hace imperio, y los soldados de Napoleón comienzan a convertirse en una presencia molesta y abusiva. La revolución napoleónica, como parece ocurrir con todas las revoluciones, decepciona, y son más los cambios de forma que produce que los de fondo:

Napoleón fue a Milán a hacerse coronar y después hizo algún viaje por Italia. En cada ciudad lo acogían con grandes fiestas y lo llevaban a ver las rarezas y los monumentos. En Ombrosa incluyeron en el programa una visita al “patriota de los árboles” (...)

Todo estaba dispuesto de antemano por el comité municipal de festejos para hacer un buen papel. Se eligió un hermoso árbol; querían una encina pero el más a la vista era un nogal, y entonces disfrazaron el nogal con un poco de follaje de encina, pusieron cintas con el tricolor francés y el tricolor lombardo, escarapelas, galones. A mi hermano lo hicieron encaramarse allá arriba (...)
(Calvino, 2002, 249-250).

¿Qué queda de la revolución, de las esperanzas de una Ciudad Republicana con derechos para hombres, mujeres, niños, animales y plantas? Nuevos formalismos cubriendo las viejas costumbres y jerarquías; un nogal disfrazado de encina:

Napoleón miraba entre las ramas hacia Cosimo y le daba el sol en los ojos. Empezó a dirigirle a Cosimo cuatro frases de circunstancias:

– *Je sais très bien que vous, citoyen...*– y se hacía pantalla con la mano– *...parmi les forêts...*– y daba un saltito hacia otro lado para que el sol no le diera en los ojos–, *parmi les frondaisons de notre luxuriant...*– y daba un saltito acá porque Cosimo, con una inclinación de asentimiento, lo había dejado de nuevo al sol. [Yo sé muy bien que usted, ciudadano... entre los bosques... en medio de las frondas de nuestra luxuriant...]

Viendo la inquietud de Bonaparte, Cosimo preguntó, cortés:

– Puedo hacer algo por vos, *mon Empereur*?
– Sí, sí – dijo Napoleón– pones un poco más acá, os lo ruego, para protegerme del sol, eso es, así, quieto... – después se calló, como asaltado por una idea, y dirigiéndose al virrey Eugenio–: *Tout cela me rapelle vuelque chose... Vuelque chose que j'ai déjà vu...*[Todo esto me recuerda de alguna cosa... de alguna cosa que yo ya he visto...]

Cosimo acudió en su ayuda:

– No érais vos, Majestad; era Alejandro Magno.
– ¡Ah, claro!– dijo Napoleón– ¡El encuentro de Alejandro Magno y Diógenes! (...)
– Sólo que entonces – subrayó Cosimo– era Alejandro quien preguntaba a Diógenes qué podía hacer por él, y Diógenes quien le rogaba que se apartara...

Napoleón restalló los dedos como si por fin hubiera encontrado la frase que estaba buscando. Se aseguró con una ojeada de que los dignatarios del séquito lo estaban escuchando y dijo en excelente italiano:

- ¡Si yo no fuera el Emperador Napoleón, me habría gustado ser el ciudadano Cosimo Rondò!”
(...)

Y eso fue todo. (Calvino, 2002, 250-252).

De la revolución y la guerra solo queda una ceremonia vacía llena de frases hechas. Nótese la inversión de papeles respecto a Diógenes y Alejandro Magno: Diógenes, filósofo en vida y palabra, decidido a vivir libre, desnudo e irónico, pide a Alejandro que no le tape el sol; Napoleón pide a Cosimo que le haga sombra.

Tras la derrota de los ejércitos napoleónicos, Cosimo se encuentra con algunos soldados rusos que persiguen franceses. El oficial superior intima con el Barón de los Árboles (en francés, que les sirve como lengua franca):

- *Vous voyez... La guerre... Il y a plusieurs années que je fais le mieux que je puis une chose affreuse: la guerre... et tout cela por des idéals que je ne saurais presque expliquer moi même...* [Vera usted... La guerra... Hace ya varios años que hago lo mejor que puedo haciendo una cosa horrible: la guerra... y todo por unos ideales que no sabría casi explicar a mí mismo...]
- También yo – respondió Cosimo– vivo desde hace muchos años para ideales que no podría explicarme siquiera a mí mismo: *mais je fais un chose tout a fait bonne: je vis dans les arbres* [pero hago una cosa que en todo caso es buena: yo vivo en los árboles] (Calvino, 2002, 257).

(El texto sugiere que el oficial ruso en cuestión es el príncipe Andrei Bolkonski, de *La Guerra y la Paz* de Tolstoy, lo que da bastante que pensar). Tanto Cosimo como el oficial ruso han peleado en la guerra por largo tiempo, y no saben muy bien por qué; ante la destrucción que trae la guerra misma las diferencias entre Napoleón y sus enemigos no son muchas, ni parece importar quién resulte vencedor. Pero Cosimo hace algo que en todo caso es bueno: vivir en los árboles.

¿Cómo va a traer cambio el cambio si no se cambia la manera de vivir? ¿Qué importa si gana Napoleón o Wellington si en el día a día se vive igual? Cosimo es un agente revolucionario, pero no porque haya combatido al lado de los ejércitos republicanos, sino porque ha adoptado un nuevo género de vida. Biagio, su hermano y biógrafo, lo percibe en el epílogo de la novela:

Antes era distinto, estaba mi hermano; yo me decía: “Está ya él, que piensa”, y yo me ocupaba de vivir. El signo del cambio de las cosas para mí no ha sido ni la llegada de los austrorrusos, ni la anexión al Piamonte ni los nuevos impuestos o yo qué sé, sino el no verlo ya a él, al abrir la ventana, allá arriba en equilibrio. Ahora que él no está, me parece que tendría que pensar en muchas cosas, filosofía, política, historia, sigo las gacetas, leo los libros, me rompo la cabeza con ellos, pero las cosas que quería decir él no están allí, es otra cosa lo que pretendía, algo que lo abarcase todo, y no podía decirla con palabras sino sólo viviendo como vivió. Sólo siendo tan despiadadamente él mismo como fue hasta su muerte podía dar algo a todos los hombres (Calvino, 2002, 259-260).

Sólo viviendo como vivió. No es posible transformar el mundo sin transformar el *Umwelt* de quien habita el mundo, lo que implica transformar maneras de obrar y percibir. Después de las revoluciones y los manifiestos todo sigue igual, porque todo el mundo quiere el cambio, pero nadie quiere pagar el precio del cambio.

Queremos un mundo más justo y más honesto y más verde; pero queremos vivir exactamente igual a como venimos haciéndolo, queremos que todo siga como estamos acostumbrados. ¡Menos dióxido de carbono! ¡Y un carro nuevo! ¡Justicia social! ¡Sin abandonar mis privilegios! ¡Contrato Natural! ¡Y más confort, velocidad, objetos de consumo! El proyecto de constitución de Cosimo, y el Contrato Natural, se quedarán en letra muerta si no estamos dispuestos a abandonar puerto, a cambiar de modo de vida: a zarpar.

Referencias

- Aristóteles. (1993). *Política*. Madrid, Altaya.
- Buchanan, B. (2008). *Onto-ethologies*. Nueva York, SUNY.
- Bula, G. (2007). “Spinoza y el Pensamiento Ecológico” en *Logos*, no. 11, Enero-Junio 2007, pp. 43-48.
- (2009). “El hombre y la naturaleza en *La Vorágine*” en Bula G. y Bermúdez, R., *Alteridad y Pertenencia: Lectura Ecocrítica de María y La Vorágine*.
- (2010). “Las Conexiones Ocultas” en *Revista Polis* vol. 9 no. 25, pp. 41-56
- Calvino, I. (2002). *El Barón Rampante*. Caracas, Planeta/ El Nacional
- Harrison, R.P (1992). *Forests: The Shadow of Civilization*. Chicago, University of Chicago Press.
- Lévy, P. (1997). *Collective Intelligence*. Nueva York, Plenum.
- May, R. (1995). “National Borders, Natural Boundaries” en *Macalester International* vol. 2, issue 1.
- Naess, A. (2001). *Ecology, Community and Lifestyle*. Nueva York, Cambridge University Press.
- Negri, A. (2000). *Spinoza subversivo*. Madrid, Akal.
- Serres, M. (2004). *El Contrato Natural*. Valencia, Pre-textos
- Vernant, J.P. (1986). *La Muerte en los Ojos*. Barcelona, Gedisa.
- Wapner, P. (1995). “Politics Beyond the State” en *World Politics* no. 47
- Zavala, S. (1977). *Filosofía de la Conquista*. México, Fondo de Cultura Económica.

Recibido: 14.01.2012

Aceptado: 26.04.2012